

ínsula, y ¡qué espectáculo se nos presentó! Al rededor del portón del reducto estaban desparramados botes de metralla deshechos, fragmentos de granadas, girones de uniformes, como si la batalla hubiera tenido lugar sólo algunos días antes. Pero difícilmente estaba preparado yo para el espectáculo de adentro. Algunos centenares de hombres habían sido enterrados allí precipitadamente; pero las lluvias y las nieves habían desparramado la tierra suelta, los perros y los lobos habían hecho lo demás, y por todo el suelo del reducto estaba esparcida una gran mezcla de huesos humanos. Vértebras, canillas y brazos, mezclados en las más extrañas formas con cráneos blanqueados por el sol y la lluvia. « ¡Observad cómo gesticulan esas bocas sin vida y sin aliento! ¡Observad cómo ríen y se mofan de todo lo que sois, y sin embargo, eran lo mismo que vosotros sois! » Yo he experimentado todos los estremecimientos de un paseo á través de un campo de batalla inmediatamente después del suceso, mientras que aun estaba la tierra enteramente cubierta con otra arcilla — amontonados el jinete y el caballo, el amigo y el contrario — pero no experimenté ni la mitad del horror que me causó este espectáculo diez y seis meses después que habían cesado sus tumultos y alarmas. Cuando contemplábamos este osario me dijo el general Scobleff: « ¡Y ésta, ésta es la gloria! — Sí, contesté yo, después de todo, general,

The drying up a single tear has more  
Of honest fame than shedding seas of gore<sup>1</sup>.

« Tenéis razón, replicó él, y sin embargo, no soy otra cosa más que un soldado. »

1. El hecho de secar una lágrima tiene más de honrada fama, que el derramar mares de sangre.

## CAPÍTULO IX

### Heroísmo en la beneficencia.

Mano de mujer, pero mano de hierro. — *Proverbio francés*<sup>1</sup>.

Quien no sufre, no vence. — *Proverbio italiano*<sup>2</sup>.

El que lucha vence. — *Proverbio escocés*<sup>3</sup>.

La senda del deber en este mundo es el camino de la salvación en el otro. — *De un sabio judío*<sup>4</sup>.

Porque ninguno de nosotros vivió para sí, y ningún hombre murió para sí. — *SAN PABLO*<sup>5</sup>.

En los tiempos antiguos, eran sinónimos virtud y valor. El valor, el antiguo valor romano, era consideración, valer. Era vigor y fortaleza, eficaces para nobles propósitos. Aquel que mejor sirve á sus semejantes — que los eleva — que les salva — es el más valiente.

Hay también un valor interno, de conciencia, de honradez, de abnegación, de sacrificio de sí mismo, de atreverse á hacer lo que es justo á la faz del menosprecio de la sociedad. Su rasgo característico es la grandeza de ánimo. El sufrimiento y la energía son el alma del valer, el verdadero valor.

El valor cuyo teatro es el campo de batalla no pertenece al orden más elevado. En medio del ruido de las bayonetas y el estruendo del cañón, se sienten excitados los hombres para cometer actos de osadía, y están prontos á dar su vida en favor de su patria. ¡Honor á ellos!

1. Main de femme, mais main de fer. — *Proverbe français*.

2. Chi non soffre, no vince. — *Proverbio italiano*.

3. He who tholes overcomes. — *Scottish proverb*.

4. The path of Duty in his world, is the road to Salvation in the next. — *JEWSISH SAGH*.

5. For none of us liveth to himself and no man dieth to himself. — *SANCT PAUL*.

Las mujeres, cuya incumbencia parece ser llevar y conllevar, son tan aptas para el sufrimiento como los hombres. En las historias sangrientas de la guerra, no hay quizá ninguna que cautive más nuestros corazones, que aquella de la mujer que vistió traje de hombre para seguir á su amado al combate, que estuvo á su lado cuando cayó, y después arrojó la muerte antes que separarse de su cadáver. ¡Cuántos hay de estos soldados del mundo, combatiendo siempre cuesta arriba en la batalla de la existencia; luchando siempre por una posición sin poder obtenerla jamás, diezmados siempre por la artillería de la necesidad; rechazados, derrotados, sin esperanza y desesperados, y volviendo sin embargo á la carga!

El héroe cristiano no se incita por ninguno de esos hechos de osadía como el héroe militar. El campo en que obra no es el de la agresión ó de la contienda, sino el del sufrimiento y del sacrificio de sí mismo. Ninguna condecoración brilla sobre su pecho, ningún estandarte ondea sobre él. Y cuando cae en el cumplimiento de su deber, como frecuentemente acontece, no recibe los laureles de nación alguna, ningún pomposo duelo, sino únicamente la silenciosa caída de algunas lágrimas sobre su tumba.

El hombre no ha sido hecho para la fama ó la gloria ó el éxito; sino para algo más elevado y más grande de lo que el mundo puede dar. « Dios ha dado al hombre, dice Jeremías Taylor, un breve espacio de tiempo sobre la tierra, y sin embargo, la eternidad depende de ese corto tiempo. Debemos recordar que tenemos que vencer á muchos enemigos, que evitar muchos males, que atravesar muchos peligros, que dominar muchas dificultades, que someternos á muchas necesidades, y que hacer mucho bien. »

El sacrificio de sí mismo es lo que distingue al cristianismo. Los mejores hombres y mujeres nunca han sido egoístas. Se han dado siempre á los demás, sin consideración por la gloria ó la fama. Han encontrado su mejor recompensa en la conciencia propia del deber cumplido. Y sin embargo, muchos mueren sin oír el « ¡bien hecho! » de aquellos á quienes han servido.

« Haced á los demás lo que quisierais que se hiciese con vosotros », es un mandato de infinita aplicación. Y con todo, no es fácil poder dar cumplimiento á esta obligación, á lo menos para aquellos que viven en la abundancia ó en la indiferencia.

No hay una sola cosa innecesaria en la existencia, si tan sólo la pudiéramos comprender; no hay una de nuestras experiencias de la vida que no esté llena de significado, si tan sólo lo pudiéramos ver. Hasta la desgracia es á menudo la más segura piedra de toque de la excelencia humana. El poeta más célebre de Alemania ha dicho que « aquel que no ha comido su pan con lágrimas, y que no ha pasado noches de dolor llorando en su lecho, no conoce aún una fuerza divina ». Cuando acontecen sucesos dolorosos, quizá nos son enviados únicamente para probarnos y experimentarnos. Si permanecemos firmes en nuestra hora de prueba, da esta firmeza serenidad al espíritu, que siempre siente satisfacción en obrar de conformidad con el deber.

Las oportunidades de hacer el bien se presentan á todos aquellos que obran y quieren. El espíritu diligente encuentra su camino hacia el corazón de los demás. La paciencia y la perseverancia vencen todas las cosas. ¡Cuántos hombres y cuantas mujeres también, están dispuestos á morir sin el aplauso de la sociedad! Se consagran á visitar á los pobres; atienden á los enfermos; sufren por ellos, y se contagian con las enfermedades infecciosas de que mueren. Muchas vidas han acabado así á causa del deber y de la piedad. No tenían más recompensa que la del amor. El sacrificio sufrido por otros y no para sí mismo, es siempre sagrado.

Epiménides, filósofo y poeta de Creta<sup>1</sup>, fué llamado á Atenas para que contuviera la plaga. Fué, y consiguió contener la peste, pero rehusó recompensa alguna, excepto la buena voluntad de los atenienses á favor de los habitantes de Gnoso, donde él residía.

1. Supónese que á él se refiere san Pablo en su Epístola á Tito I, 12.

Antiguamente era la peste una enfermedad espantosa. Las gentes huían de ella. Huían unos de los otros. Los enfermos de la peste eran abandonados frecuentemente para que muriesen solos. Sin embargo, muchos nobles y gentiles, hombres y mujeres, se ofrecían para contener la enfermedad. Hará unos tres siglos que estalló la peste en la ciudad de Milán. Residía entonces (1576) en Lodi el cardenal arzobispo Carlos Borromeo. En el acto se presentó voluntariamente en el lugar infestado. Su clero le aconsejó que se quedase donde estaba, y que esperase á que la enfermedad se hubiese concluído por sí misma. Contestó: — ¡No! Un obispo cuyo deber es dar su vida por su rebaño, no lo puede abandonar en los momentos del peligro.

La peste duró unos cuatro meses. En ese tiempo visitó el Cardenal personalmente á los enfermos, en sus casas, en los hospitales, en todas partes. Los cuidaba, les daba alimentos y medicamentos, y les administraba los sacramentos cuando iban á morir. El ejemplo que dió fué seguido por su clero, que atendía á las personas con tanta abnegación como él mismo. Y sólo cuando el último hombre hubo muerto, y el último se hubo restablecido fué cuando el buen Arzobispo volvió á sus deberes episcopales.

El Cardenal tiene títulos á la consideración general también en otro concepto. Fué uno de los primeros en instituir una escuela dominical para la educación de los hijos de los pobres. « El domingo fué hecho para el hombre, y no el hombre para el domingo. » Toda obra buena podría ser hecha en ese día, lo mismo que en cualquier otro día. El Cardenal llamó á sí á los niños de las calles llevándolos á la catedral de Milán los domingos por la tarde, y les enseñó á leer y á escribir. Llevaban consigo sus cuadernos y sus pizarras en que asentaban sus lecciones. Sus sacerdotes le ayudaban, y la institución se hizo popular. Han pasado trescientos años, la escuela dominical del cardenal Borromeo existe aún. En la primavera de 1879 el autor de estas líneas vió reunirse á los niños en la catedral, con sus pizarras y sus libros, para recibir sus lecciones en la escuela dominical.

El Cardenal gastaba todas sus rentas en edificar escuelas y colegios y en obras de caridad y misericordia. La perversidad era grande en su tiempo, é hizo cuanto pudo para destruirla. Principió con los de su misma clase. Se esforzó porque tuviera efecto una reforma del clero, especialmente de las órdenes monásticas. Trabajó para introducir un método de vida mejor en la orden de los *Umiliati*, quienes daban motivo de escándalo por la licencia de su conducta. Creían ellos que el Cardenal era igualmente licencioso porque enseñaba á leer á los niños pobres en la gran catedral. Se le tuvo por un profanador del domingo, del santuario y del sacerdocio<sup>1</sup>. Se creyó que su escuela dominical era una *innovación peligrosa*. Los *Umiliati* pagaron á un hombre para que asesinara al Cardenal mientras estaba en el altar. En el momento en que el coro cantaba el verso: « Que no se aflija vuestro corazón, ni tampoco tengáis miedo », hizo fuego el asesino con un arcabuz sobre el Cardenal. La bala le pegó en la espalda, pero la capa pluvial de seda bordaba que tenía puesta, la rechazó, cayendo al suelo la bala. El Cardenal era valiente y resuelto. Mientras que en torno suyo estaban todos consternados, continuó en silenciosa ple-garia.

Volviendo á la peste. Visitó la enfermedad repetidas veces á este país<sup>2</sup> en una época en que el pueblo estaba peor alimentado, y cuando aun se hallaban completamente desatendidas las condiciones higiénicas. Fué fatalísima para Londres, donde las calles eran angostas, sucias, mal ventiladas y mal provistas

• Y hoy, dice un autor americano, si algún hombre intenta hacer el rabajo de escuela dominical de ese modo abierto y extensivo que abarca toda a vida del niño, y que es el único práctico y de buenos resultados para hacer a obra tal cual la hizo Cristo, se le dirigen acusaciones. Por ejemplo, que intente atajar la marea de la mala literatura facilitando buenos y sanos libros seculares de su biblioteca, ó que intente vencer la vagancia teniendo en su escuela una Comisión de colocaciones, y en el acto se levantan los protectores del domingo y los defensores de la Biblia. Porque los fariseos jamás han carecido de un hombre para ponerse frente al Señor en todas las generaciones. Hermanos de los Santos Huesos, ¿no se extinguirá jamás vuestra raza obstruccionista? •

2. Inglaterra.

de agua. Su última aparición fué en 1665; murieron de ella cien mil personas, cuando la población de Londres no era ni la sexta parte de lo que es hoy. Se extendió de Londres al campo. Aunque la mayor parte de las personas huían de la enfermedad, hubo muchos casos de noble abnegación. El obispo Morton de York, fué uno de éstos. No pensó en sí, sino en su rebaño. Se erigió una *casa de peste* ú hospital para la colocación de los más pobres. Eran sacados de sus miserables hogares, y atendidos cuidadosamente. Aunque era difícil encontrar enfermeros, siempre estaba allí el Obispo. Cual buen soldado, estaba firme en su puesto. Cuando faltaba alimento; se iba á caballo á su alquería, y traía alforjas con provisiones en el mismo caballo que montaba. No quiso que sus sirvientes corrieran el peligro que él corría; y no solamente ensillaba y desensillaba su caballo, sino que mandó poner una puerta aparte para poder entrar y salir sin mezclarse con las personas de la alquería. De esa manera se consiguió aislar la peste en York. El Obispo era un hombre desinteresado, generoso y bueno en toda la extensión de la palabra. Cuando aumentaron sus rentas, las gastó todas en caridades, en hospitales y en ayudar á toda buena obra. Su vida fué toda como un acto único de piedad sincera y de benevolencia cristiana.

En Londres, huyeron Sydenham y la mayor parte de los médicos; pero quedaron algunos hombres generosos. Entre éstos estaba el doctor Hodges, que permaneció en su puesto. Continuó en su incesante cuidado de los enfermos. No sacó ventaja alguna de sus trabajos, excepto la aprobación de su propia conciencia. Cayó en la pobreza, y estuvo preso por deudas en la cárcel de Ludgate, y allí murió en 1688. Dejó la mejor relación que se ha escrito sobre la última peste <sup>1</sup>.

De Londres, como hemos dicho, se extendió la enfermedad

1. La más conocida de estas relaciones es la que escribió De Foe, publicada en 1722, sacada según toda apariencia, de diarios auténticos, y de memorias públicas, y privadas; pero la mejor es la del doctor Hodges, que fué publicada en 1672, en latin siendo traducida al inglés en 1720 por el doctor Juan Quincy.

al campo. En muchos sitios lejanos se indican lugares en los que, según dicen, *enterraron á la peste*. Por ejemplo, en la lejana aldea de Eyam, en Derbyshire, recibió un sastre un cajón de paños de Londres. Mientras los ponía á orear frente á la chimenea, fué atacado por una enfermedad, y murió de la peste al cuarto día. La enfermedad cundió. Los habitantes, que sólo eran 350, meditaban emprender una dispersión general, pero esto fué impedido por el heroísmo del cura párroco, el reverendo Guillermo Mompesson. Hizo comprender á las personas que iban á esparcir la enfermedad por todas partes, y se quedaron. Envió lejos á sus niños y quiso enviar á su mujer medio enferma; pero ésta permaneció al lado de su esposo.

El señor Mompesson resolvió aislar la aldea, de manera que la peste no pudiese cundir á los distritos vecinos. El conde de Devonshire contribuyó con todo lo que era necesario, incluso alimentos, medicamentos y demás cosas útiles. Para no reunir á los habitantes en la iglesia, hacía el servicio divino en campo raso. Escogió una roca en el valle, para que le sirviera de altar, y las personas se acomodaban en la verde falda á su frente, de modo que se le oía perfectamente.

Durante siete meses hizo estragos la peste. La congregación era menor cada vez que se reunía. El párroco y su mujer estaban constantemente con los enfermos, cuidándolos, curándolos y alimentándolos. Al fin enfermó de la peste su mujer, y en su estado débil sucumbió bien pronto. Fué enterrada, y sobre su tumba dijo el párroco, como lo había hecho sobre tantas otras de sus parroquianos: « ¡Benditos sean los muertos que mueren en el Señor! así lo dijo el Espíritu Santo; porque descansan de sus fatigas. » El párroco estaba dispuesto á morir, pero vivió en la esperanza. Fallecieron las cuatro quintas partes de los habitantes, y fueron enterrados en una colina sana más arriba de la aldea. « Puedo decir con verdad, escribía después el pastor, que nuestro pueblo se ha convertido en un Gólgota, en un sitio de cráneos... Ha habido setenta y cinco familias que han sido visitadas en mi parroquia, de las cuales han muerto 295 personas. » El mismo señor Mompesson al-

canzó una edad avanzada. Se le propuso ser deán de Lincoln, pero le rehusó. Prefirió quedarse con sus parroquianos y cerca de la tumba de su amada esposa. Murió en 1708.

Cosa extraña, unos cincuenta años después, estando algunos labradores removiendo la tierra cerca del lugar en que « la peste había sido enterrada », tropezaron con algunos trapos, sin duda alguna pertenecientes á los sepulcros de los muertos, y en el acto fueron atacados de tifus. Tres de los individuos murieron, pero el contagio se esparció por el pueblo, y perecieron setenta personas. Parece que el tifus es superviviente de la peste, y muchos son los pueblos de Inglaterra donde esta terrible enfermedad se lleva anualmente á miles de personas.

Recuerda el autor una epidemia de tifus, cuando vivía en Leeds hace unos treinta y tres años. Principió en los parajes más pobres del pueblo, y se extendió á los barrios más ricos. En una manzana, había en siete casas veinte y ocho personas enfermas del tifus, tres de las cuales carecían de camas. Lo mismo acontecía en las demás manzanas y edificios. En una casa, en donde doce tenían el tifus, no había una sola cama. La casa de convalecencia y el hospital de fiebre estaban completamente llenos. Se levantó un techado provisional de madera para hospital, y un molino se desocupó para recibir en él á los enfermos.

El doctor Hook, vicario de Leeds entonces, y el reverendo G. Hills (después obispo en Colombia) visitaban diariamente estos lugares. Proporcionaban todo el bienestar y la asistencia que podían dar. Los sacerdotes católicos eran muy diligentes y desprendidos. Cuando estalló la peste, fueron en el acto á asistir á los pobres. Iban sin temor y piadosamente á los alojamientos más contaminados y pestilentes, donde el respirar el aire envenenado era la muerte. Se les hallaba á la cabecera de los moribundos y de los que acababan de morir. Ningún peligro intimidaba á sus valerosos corazones. Veían ante sí á la muerte, pero no la temían. Cogieron la peste, y uno por uno fueron enfermándose y muriendo. Primero falleció el reverendo

Enrique Walmsley, el más antiguo de los sacerdotes católicos. Al día siguiente murió su segundo: sólo había estado tres, semanas en Leeds. Otros se apresuraron á llenar los huecos, como si tuviera que tomarse una ciudad sitiada. Solicitaban con afán que se les permitiera ocupar el puesto de peligro. Después cayó víctima el sucesor del señor Walmsley. Murieron otros dos; en junto cinco. Se levantó un monumento sencillo á su memoria, como á hombres que « habían caído víctimas de la fiebre, en el cumplimiento de sus sagrados deberes, en 1847 ».

Á más de éstos murió de la misma causa un cura de la iglesia parroquial. Un caballero bien conocido por sus esfuerzos en favor de la causa de la templaza, murió también. Dos de los médicos de la ciudad cayeron enfermos, y uno de ellos murió. En todo, sucumbieron 400 personas á causa de la peste. Los cirujanos y los hombres de la medicina siempre están en contacto con las enfermedades, aunque sean más ó menos infecciosas. Estos hombres arrostran la muerte bajo todos sus aspectos, á menudo sin tener la menor esperanza de recompensa. Donde quiera que sean llamados, allí van, llenando su deber sin miedo, y algunas veces sin que se lo agradezca nadie. Gastan y se gastan, trabajan y luchan, hasta que les faltan las fuerzas y su corazón se desgarran; y entonces se apodera de ellos la fiebre y sucumben. Los héroes como éstos atraviesan silenciosamente la vida, y jamás les alcanza la fama. Los más grandes héroes entre todos son hombres á quienes el mundo no conoce.

Los cirujanos han cumplido siempre su deber en campaña, los mismo que en las viviendas de los pobres. Han estado bajo el fuego, y han traído á los soldados heridos para vendarlos y atenderlos. En este concepto era un héroe completo el cirujano francés Larrey. Durante la retirada de Moscow se le vió ejecutar una operación literalmente sufriendo los fuegos del enemigo. No tenía más que un capote de campaña para poder resguardar al paciente. Se le mantenía sobre él á manera de toldo para protegerle de la nieve que caía. En otro

caso, que ocurrió en los ardientes arenales del Egipto, el osado cirujano de pequeña estatura, manifestó un celo igual. Acababa de tener lugar un combate con los ingleses, y entre los heridos estaba el general Silly, cuya rodilla había sido destrozada por una bala. Larrey comprendió que tendría fatales consecuencias si la pierna no era amputada inmediatamente, y lo propuso. Consintió el General en que se hiciera la operación, la cual se llevó á cabo en tres minutos y bajo el fuego del enemigo. Pero he aquí que se aproximaba la caballería inglesa. ¿Qué iba á ser del cirujano francés y de su querido enfermo? « A penas tuve tiempo, dice Larrey, de poner al herido sobre mis espaldas y llevarle rápidamente hacia nuestro ejército, que estaba en completa retirada. Observé una serie de zanjas, algunas de ellas plantadas con arbustos de alcaparras, y pasé á través de todas, mientras que la caballería se vió obligada á hacer una marcha circular en aquel campo tan cortado. De esa manera conseguí llegar á la retaguardia de nuestro ejército antes que el cuerpo de dragones. Por fin llegué á Alejandría con este honrado oficial herido, donde terminé su curación. »

He aquí otro héroe. Al doctor Salsdorf, cirujano sajón del príncipe Cristián, le fué destrozada una pierna por una granada al principio de la batalla de Wagram. Mientras estaba echado en el suelo, vió como á unos quince pasos de él al señor De Kerbourg, el ayudante de campo, quien, herido por una bala, había caído y estaba vomitando sangre. Vió el cirujano que moriría muy pronto el oficial á no ser que se le auxiliara en el acto. Reuniendo todas sus fuerzas, se arrastró hasta aproximarse al oficial, le sangró, y le salvó la vida. De Kerbourg no pudo abrazar á su bienhechor. El doctor herido fué transportado á Viena, pero estaba tan aniquilado que sólo sobrevivió cuatro días á la amputación de su pierna.

Cuando un ejército avanza, es costumbre poner los carros en la retaguardia para la colocación de los heridos. Cuando caen los soldados, son llevados adonde está el cirujano para atenderlos. Si el ejército es rechazado, tienen que huir los ciru-

janos y los heridos, ó que caer prisioneros. En la batalla de Alma huyeron los rusos, persiguiéndoles los ingleses y franceses. Habían sido dejados muchísimos heridos. Varios centenares de rusos fueron llevados á la parte oriental del campo, donde fueron colocados en filas en un sitio cubierto cerca del río.

Afortunadamente había en el cuartel general un cirujano, cuyo sentimiento de honor y de deber estaba sostenido por una voluntad firme, por una irresistible energía, por un criterio sano y un dominio de índole rara vez unidos á una gran actividad. Tal era el doctor Thompson, del regimiento 44.º Aunque el país había sido abandonado por los rusos, consiguió reunir 400 libras de galleta y los hombres necesarios para que le auxiliaran en su empresa. Hizo que inmediatamente se diera de comer á los heridos, pues no habían tomado alimento alguno hacía veinte y cuatro horas. En seguida se puso á hacer la cura de las heridas. Esto le tuvo ocupado desde las siete de la tarde hasta las once y media de la noche.

En este tiempo ya habían dejado los soldados de llevar á los heridos ingleses á los buques, en Eupatoria. Y entonces el doctor Thompson y su sirviente Juan M'Grath, se quedaron con los heridos rusos. Allí permanecieron solos durante tres días y tres noches, en el sol abrasador durante el día, y por las noches bajo las heladas estrellas. Por fin se presentó la oportunidad de embarcar á los rusos y mandarlos á un puerto ruso bajo bandera de parlamento. « Cuando por fin, dice míster Klinglake, llegó de la costa en la mañana del 26, el capitán Lushington de la Albión, y descubrió á sus dos compatriotas en su triste puesto del deber, se llenó de admiración por el ánimo que habían demostrado, y de simpatía por lo que habían soportado<sup>1</sup>. »

Del mismo modo el doctor Kay, cirujano del hospital de Benarés durante la insurrección de la India, permaneció en su puesto con riesgo de su vida, pues el enemigo avanzaba para

1. Klinglakes Crimea, III, 334.

destruirlo á él y á sus enfermos. Nadie ha olvidado los horribles acontecimientos de Cawnpore, donde todos perecieron, hasta el último hombre, la última mujer y la última criatura. Sin embargo, los ingleses se sostuvieron hasta el fin, bajo los destructores fuegos de los sepoyas amotinados. « Es difícil concebir, como regla general, dice Mr. Collier de Nueva York, un hombre más desprovisto de lo que llamamos religión, que el soldado raso. Toda su vida, infeliz, le hace muy difícil tener una idea de ella, y él tiene muy pocas. Pero ha quedado evidenciado, desde la gran rebelión de los sepoyas, que en la India les fué ofrecida á un gran número de estos hombres en el ejército inglés la alternativa de renunciar la religión cristiana y abrazar la de los rebeldes, ó ser asesinados por todos los espantosos modos que puedan inventar el odio y la venganza de los paganos. Se cree que murieron todos, hasta el último hombre, no habiendo llegado á saberse ni de un solo caso de que algún soldado raso haya cedido... Era un hombre que pertenecía al lado cristiano, y las tenazas no pudieron arrancar de su corazón esa sencilla virilidad, ni el fuego destruiría allí... Así es que bien puede haber virilidad donde existe muy poca gracia, ó si por gracia entendiéis ese algo virtuoso, una vida pura y santa y una religión llena de conciencia. »

Y aquí referiremos la abnegación de dos cabos del regimiento 70 durante la última invasión del cólera en Moulton. Á causa de la ausencia de mujeres cuidaron á los enfermos y á los moribundos. Trabajaron día y noche en el hospital de coléricos. El cabo Derbyshire sucumbió al fin de puro cansancio, pero su puesto fué ocupado por otros. El otro cabo, Hópper, se presentó voluntariamente para prestar servicios de hospital en Topah, donde se captó la gratitud, tanto de los médicos como la de las autoridades militares. Los cirujanos se hallaban constantemente en sus ocupaciones en ambos sitios, arrostrando la muerte á cada paso. Cuando poco después visitó á Moulton el general en jefe, dió públicamente las gracias á Derbyshire y á Hópper en medio de sus camaradas que les admiraban.

Pero á veces se manifiesta esta misma cualidad en medio de

a lluvia de balas y de metralla. En el sitio de Cádiz por los franceses, en 1812, eran muertos hombres y mujeres en las calles, en las ventanas, y en el interior de las casas. Cuando era arrojada una bomba por el enemigo, se les advertía á los habitantes por medio de un tañido de la campana mayor, lo cual servía como señal. Un día se oyó un campanazo grave, en señal de que venía una bomba. Esa misma bomba pegó furiosamente en la campana y la hizo añicos. El monje que tenía la obligación de tocarla, se pasó muy tranquilamente á la otra. El buen hombre había vencido al miedo de la muerte.

Pero un acto de singular valor fué desplegado por una mujer durante el mismo sitio. Matagorda era un fortín exterior sin fosos ni techos á prueba de bomba. En este fortín fueron puestos de guarnición 140 ingleses, con el propósito de que impidieran la terminación de las obras francesas. Un navío español de setenta y cuatro y una flotilla armados cooperaban á la defensa, pero una batería que había estado oculta hasta entonces, rompió sus fuegos contra los buques, y después de haberlos inundado con bala roja, los compelió á refugiarse en el puerto de Cádiz. Cuarenta y ocho cañones y morteros del mayor calibre concentraron sus fuegos contra el fortín. El débil parapeto desapareció ante la terrible granizada de balas y bombas, dejando únicamente el desnudo terraplén y los denodados corazones de la guarnición. Durante treinta horas no cesó esa tempestad, y entonces fué cuando aconteció la historia de la mujer de Matagorda.

La mujer de un sargento, llamado Retson, se hallaba en una casamata cuidando á un herido. El paciente tenía sed y quería beber algo. Llamó ella á un muchacho, tambor, y le pidió que fuese al pozo y trajera un balde de agua. El muchacho titubeó, porque sabía que el pozo era barrido por las balas y las bombas del enemigo. Le arrebató de sus manos el cubo y se fué al pozo. Arrostró el terrible cañoneo, bajó al pozo, llenó el cubo con agua, y aunque una bala le cortó la soga en su misma mano, la volvió á tomar, y regresó con el agua á donde estaba su enfermo, y cumplió su deber.

Las balas caían en abundancia extrema sobre el sentenciado fortín. Un asta que sostenía la bandera española fué echada abajo seis veces en una hora. Finalmente viendo sir Tomás Graham (después lord Lynedoch) que la defensa era imposible, envió un destacamento de botes para que sacasen á los que vivían. Uno de los bastiones fué volado bajo la dirección del mayor Lefebre. Pero también cayó él, el último hombre que con su sangre regaba las ruinas así abandonadas. Luego se llenaron los botes, y los hombres regresaron á Cádiz. Iban acompañados por la heroica mujer de Matagorda.

¿Puede creer alguien que las mujeres puedan hacerse cargo de atender á los soldados enfermos en tiempo de guerra? Y sin embargo, esto se hace valerosa y noblemente. Las enfermeras solían ser tomadas de la misma clase de personas que se usan como sirvientas de casa. Sólo después que la señorita Nightingale se hubo creado un lugar honroso en la historia, debido á su noble abnegación en el cuidado de los enfermos y heridos, fué cuando las personas principiaron á darse cuenta de que atender enfermos era una cosa que se tenía que aprender, que requería inteligencia, buena voluntad y competencia, lo mismo que caridad, afecto y amor. « Se ha dicho y escrito muchísimas veces, dice la señorita Nightingale, que toda mujer es una buena enfermera. Yo creo, por el contrario, que los elementos necesarios para ser enfermera, son completamente desconocidos. » ¿Pero cómo aconteció que ella se dedicara á la profesión de enfermera? Muy sencillamente, nada más que por un sentimiento de amor y de deber. No necesitaba consagrarse á una ocupación tan llena de pruebas y desagradable. Era una señorita, joven y llena de perfecciones, y poseía abundantes medios. Era feliz en su casa, centro de un círculo que la admiraba. Había sido favorecida con todo aquello que podía hacer querida la vida social y doméstica. Pero renunció á todas esas consideraciones, y prefirió hollar la senda que conduce al sufrimiento y al pesar. Siempre tuvo un afecto compasivo por sus semejantes. Enseñaba en las escuelas, visitaba á los pobres, y cuando estaban enfermos, los alimentaba y los aten-

da. Vivía en un pequeño rincón de Inglaterra y trabajaba allí, en Embley en Hampshire; pero uno puede hacer tanta obra buena en secreto, como á la luz del día.

El mundo alegre se abrió delante de ella. Pudo haber hecho lo que otras señoritas hacen en la ciudad<sup>1</sup>. Pero su corazón la guiaba á otra parte. Tomó interés por los que sufrían, por los perdidos y por los humillados. Visitó los hospitales, las prisiones y los institutos reformistas. Mientras que otras pasaban deliciosos días de vacaciones en Suiza y en Escocia, ó á orillas del mar, estaba ella ocupada en una escuela alemana de enfermeras, ó en un hospital alemán. Principió por el principio. Aprendió el uso de los trapos para limpiar, de los cepillos de fregar los pisos, y del plumero; y por grados se puso á estudiar el arte de ser enfermera. Durante tres meses continuó atendiendo día y noche á los enfermos, y de esa manera adquirió considerable práctica en los deberes y quehaceres de un conserje de hospital.

Al regresar la señorita Nightingale á Inglaterra, continuó sus trabajos. El Hospital para Ayas Enfermas estaba á punto de fracasar por su mala administración, y ella se encargó de su cuidado. Se privaba del afecto de su hogar y del aire fresco del campo, para consagrarse al lúgubre hospital de la calle Harley, donde dió su ayuda, tiempo y medios al cuidado de

1. Predicando en Oswestry el obispo de Manchester, leyó una carta de una señorita joven, dándole la siguiente cuenta de cómo pasaba el día, y en la que le preguntaba si en él había tiempo alguno para ocuparlo en algún trabajo cristiano: « Almorzamos á las diez. El almuerzo ocupa como una hora, durante la cual leemos nuestras cartas y en los periódicos las noticias sociales. Después de esto tenemos que ir á contestar nuestras cartas, y mi madre desea que escriba sus tarjetas de convite, ó que conteste á las que recibe. En seguida tengo que ir al invernadero y dar de comer á los canarios y á los loros, y cortar las hojas muertas y flores marchitas de las plantas. Entonces ya es tiempo de vestirse para el *lunch*, y á las dos tomamos el *lunch*. Á las tres quiere mi madre que la acompañe á hacer visitas, y en seguida volvemos á casa á tomar el té de las cinco, viniendo allí algunas amigas. Después nos preparamos para dar una vuelta en carruaje por el Parque, y en seguida regresamos para la comida, y después de la comida vamos al teatro ó á la ópera, y luego que regresamos á casa, estoy tan espantosamente cansada, que no sé qué hacer. »